

I Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XVI Jornadas de Investigación Quinto Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2009.

La elección del ser hablante. Una elección sin garantía.

Lopez, Gonzalo Javier.

Cita:

Lopez, Gonzalo Javier (2009). *La elección del ser hablante. Una elección sin garantía. I Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVI Jornadas de Investigación Quinto Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-020/653>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eYG7/C5q>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LA ELECCIÓN DEL SER HABLANTE. UNA ELECCIÓN SIN GARANTÍA

López, Gonzalo Javier
Universidad de Buenos Aires

RESUMEN

Uno de los valores más importantes de nuestra cultura es, sin duda, la libertad. Diversas e innumerables son las formas utilizadas por el hombre para resaltar este valor supremo. En efecto, tanto en el himno nacional, como en discursos políticos, en el cine, la televisión, y muchos otros medios de expresión vinculados al arte, la política y la comunicación; la libertad aparece como una posibilidad de elección que hace más humanos a quienes la poseen, y más desdichados a quienes son víctimas de la opresión y no tienen la suerte de disfrutarla. Sin embargo, el presente trabajo pretende pensar el tema de la libertad más allá de la escala de valores que pregonan los discursos de la moral, para internarse en una lectura estructural del tema. El objetivo, entonces, es conceptualizar la libertad de elegir a partir de pensar al sujeto como efecto de la articulación significante. Desde esta perspectiva, el acto de elegir es un acto sin garantías, un acto del que el sujeto no es agente sino efecto, un acto regido por las leyes del lenguaje.

Palabras clave

Elección Castración Ley Bienestar

ABSTRACT

THE ELECTION OF BEING A SPEAKER.
AN ELECTION WITHOUT GUARANTEE

One of most important values of our culture is, of course, liberty. Varied and uncountable are the ways used by men to highlight this supreme value. In fact, in the national anthem as well as in many political speeches, in the cinema, television, and many others ways of expression linked with art, politics and communication, liberty appears as a possibility of election that makes the ones who possess it more human and unhappy to those that are victim of the oppression and do not have the luck of being able to enjoy it- However, this paper pretends to think liberty beyond the scale of values that claim the speeches about moral, to consider a structural reading of the subject as an effect of the significant articulation. From this point of view, the act of choosing is an act without guarantee, an act in which the subject is not an agent but and effect, an act ruled by the laws of language.

Key words

Election Castration Law Enjoyment

LA LIBERTAD COMO POSIBILIDAD ANGUSTIOSA

En su libro "El concepto de la angustia" (1844), Sören Kierkegaard analiza el mito bíblico del Génesis. Nos habla allí de la ley que Dios introduce cuando le dice a Adán "Tan solo del árbol de la ciencia del bien y del mal no puedes comer". Al respecto, dice Kierkegaard: "... es natural que Adán no entendiese estas palabras, pues ¿cómo había de entender la distinción del bien y el mal, si esta distinción era el resultado de gustar la fruta del árbol?" (Kierkegaard 1844, 50)

Dios le da a Adán la posibilidad de elegir a través de la prohibición que introduce la ley. De esta manera, le otorga el don de la libertad. Vemos aquí, la relación íntima que hay entre la libertad y la ley porque es la prohibición la que introduce la posibilidad de la libertad. Por eso, dice Kierkegaard, Adán no entendió las palabras de Dios porque no poseía un saber previo sobre la libertad. No se trata, entonces, de que Adán haya experimentado el deseo de utilizar la libertad; sino que no existe la libertad antes de la ley. Lo que sí entendió Adán es que podía algo. Dios le daba la posibilidad de elegir. Para Kierkegaard, esta posibilidad es en sí misma una fuente de angustia. La libertad del hombre no es otra cosa

que esta posibilidad:

"La posibilidad de la libertad no consiste en poder elegir el bien o el mal. Semejante vaciedad no corresponde ni a la escritura ni al pensamiento. La posibilidad consiste en que se *puede*." (Kierkegaard 1844, 55)

No es que la posibilidad despierte un deseo que estaba allí dormido esperando la oportunidad para realizar su elección. En este punto es sorprendente como Kirkegaard ubica al deseo en una dimensión en la que el sujeto no es agente sino efecto de su elección. Porque dice que la posibilidad no consiste en elegir entre esto o aquello (sujeto como agente), dice que consiste en que se *puede*; por lo cual no es una cuestión de contenidos, de significados, sino, más bien, una cuestión significante. Es la ley misma del significante la que Dios introduce cuando le dice a Adán que no debe comer del árbol. Una ley que obliga a poner en juego el deseo ya que comer o no del árbol implica una elección y su consecuente responsabilidad subjetiva.

El deseo está sujeto a la ley del significante, sólo a partir de una ilusión fantasmática podemos creer que existe en nosotros la libertad de desear.

"...nada menos libre que el deseo, allí donde la vida queda apresada en las vías que instaura el lenguaje." (Pujo 2006, 26)

En el seminario "La ética del Psicoanálisis" (1959-60), Lacan nos habla de esta ley del lenguaje que es diferente, como veremos más adelante, a la ley que, a partir de un sustento racional, es pensada como universal.

"Es una ley de capricho, arbitraria, también de oráculo, una ley de signos donde el sujeto no tiene garantía alguna, respecto de la cual no hay ninguna *sicherung* [garantía], para emplear el término kantiano" (Lacan 1959-60, 91)

La posibilidad de la libertad consiste en que el hombre queda solo frente a la ley, sin garantías; por lo tanto se abre un panorama incierto donde su elección puede llevarlo tanto al éxito como al fracaso. "El precio de la libertad humana es precisamente esta posibilidad de fracaso." (Safranski 1997, 23)

Todo esto nos abre un panorama en el que podemos ver que la libertad no se reduce a un espejismo imaginario que postula la libertad del deseo. Por el contrario, es una posibilidad angustiada que implica la emergencia del sujeto como efecto de su acto.

Cuando el hombre recibe la libertad de elección, la inocencia paradisiaca queda atrás y con ella la posibilidad de vivir más allá del bien y del mal en una unidad incuestionada consigo mismo y con todos los seres vivos. En esa inocencia, la angustia era una nada. Pero, al despertar la prohibición la posibilidad de la libertad, esa nada es subjetivada y, dice Kierkegaard, surge de nuevo una nada: "La posibilidad angustiada de *poder*" (Kierkegaard 1844, 55). Lo dicho hasta aquí nos lleva a pensar la posibilidad de la libertad a partir de lo que en psicoanálisis llamamos castración. No hay un Otro que garantice la correcta elección. En el caso de Adán se ve claramente como Dios, al introducir la ley (que no es otra que la ley del significante), lo deja solo ante la posibilidad. De esta manera, Dios se corre del lugar de garante absoluto. La posibilidad es, entonces, un enfrentarse con la barradura del Otro. En este sentido, podemos ubicar a la angustia como la base sobre la que se apoyan las elecciones del ser hablante. En resumen, podemos decir, que la posibilidad de elegir es una posibilidad angustiada que implica castración.

LA GARANTÍA (ELEGIR NO ELEGIR)

Hay, entonces, un punto de indeterminación respecto de cual sería la guía, o sea, la garantía para una correcta elección. Sin embargo, esto no ha sido obstáculo para que grandes pensadores encuentren los más fuertes argumentos para la formulación de una ley universal que garantice la elección moral. Sin dudas, el más importante de estos pensadores es Immanuel Kant.

Para Kant, la acción moral tiene como referencia al Bien en tanto valor supremo y universal y su diferencia con el bienestar. El bienestar se refiere a los objetos que pueden proporcionar determinado placer y satisfacer, de esta manera, a lo que Kant llama las inclinaciones naturales del hombre. Para plantear una ética de alcance universal, la razón, como Bien supremo, debe dominar a estas inclinaciones, por lo cual, dicha ética debe excluir al bienestar; ya que la relación con los objetos está teñida de contingencias y eventualidades. Es imposible alcanzar patrones universales a

nivel del bienestar, porque lo que hoy produce placer, puede dejar de producirlo mañana; porque lo placentero para una persona puede no serlo para otra. El bienestar, entonces, no da la posibilidad de formular una ley de alcance universal que, por lo tanto, debe estar despojada de toda referencia al mundo sensible. Para el planteo moral, los objetos son, como los llama Kant, objetos patológicos.

“...esa moral que se desprende expresamente de toda referencia a un objeto cualquiera de la afección, de toda referencia a lo que Kant llama *pathologisches Objekt*, un objeto patológico, lo cual quiere decir solamente un objeto de una pasión cualquiera” (Lacan 1959-60, 95)

Se trata de elegir por una ley de alcance universal, y, para ello, es fundamental excluir el mundo de los objetos del bienestar, el mundo contingente de las cosas exteriores. Llegamos, así, a la famosa formulación del imperativo categórico kantiano que nos habla de actuar partiendo de la premisa de que el principio de nuestro querer se transforme en una ley válida para todos. Yo no debo actuar de otro modo que *la máxima que rige mi accionar se convierta en ley universal*.

Recurramos a un ejemplo del propio Kant[2]: ¿Por qué eligió Alceste a su mujer? El mismo dice: “...porque es bella, cariñosa y discreta”. Tenemos aquí una elección sujeta a las contingencias del mundo exterior. ¿Qué pasaría cuando el fundamento de esa elección desapareciera, cuando sea vieja y ya no tan bella, o cuando dejase de parecerle discreta? Por responder a una inclinación natural, por no renunciar al mundo de los objetos y sus cualidades, ¿es imposible que la máxima que guía el accionar de Alceste se convierta en ley universal! Su elección es más por inclinación que por deber. Adrasto, en cambio, dice: “Tengo que tratar a esta persona con amor y respeto porque es mi mujer”. ¡Esta sí es una verdadera elección! (en términos kantianos) Porque excluye “el influjo de la inclinación”. Los encantos fortuitos ya pueden alterarse, siempre continúa siendo su mujer. La elección de Adrasto no depende del inconstante mundo de los fenómenos, excluye el bienestar; su máxima nos muestra que él elige por el respeto a su mujer independientemente de sus encantos personales. Lo que importa es el fundamento, el Imperativo: *trata a tu mujer con amor y respeto*. Pero ¿Qué pasaría si Adrasto se siente atraído por los encantos de otra, o si a partir de una discusión conyugal pensara en dejar de respetar a su mujer? O bien, triunfarían las inclinaciones, lo que nos haría pensar que no está sujeto al universal de la ley, que no es un hombre de bien que se guía por principios morales; o bien, se sentiría culpable por sus pensamientos y, de esta forma, el imperativo retornaría como voz superyoica que impone más y más renunciaciones. Vale decir que, para sostener sus principios morales, el imperativo retornaría como un mandato que se impone y que castiga con culpa frente al solo hecho de haberse sentido tentado.

Aquí es donde aparece, con una contundencia indiscutible, el pensamiento freudiano que nos muestra que esta ley universal, que reclama la renuncia a las inclinaciones y prescribe el deber, tiene otra cara. La cara del goce de la renuncia, la cara de la sumisión al deber. Renunciar a los objetos para creer en la pureza simbólica de la ley (en un Otro garante y completo), tiene sus efectos.

“Con lo cual vemos que la pretensión de Kant de borrar todos los objetos, en tanto objetos de bienestar, lo dejan sometido a un único objeto, mucho más terrible, que es la voz del superyo” (Karothy 2005, 30)

Para Freud, el origen de la moral no tiene que ver con la voluntad ni con el querer, sino con este imperativo de goce que retorna a partir de la renuncia. Para él, la conciencia moral “...se comporta con severidad y desconfianza tanto mayores cuanto más virtuoso es el individuo, de suerte que en definitiva justamente aquellos que se han acercado más a la santidad son los que más acerbamente se reprochan su condición pecaminosa” (Freud 1930, 122)

En la pretensión kantiana de universalidad vemos dibujarse un mandato de goce, aquello que retorna como imperativo superyoico; vale decir, el sometimiento a un Otro que juzga con severidad y al que nada se le puede ocultar. Cuanto más virtuoso se es, más se está sometido a la voluntad del Otro. Freud, encuentra de esta manera, el reverso del imperativo categórico kantiano: La buena voluntad tiene su contraparte en este sometimiento a la voluntad

del Otro. Resulta interesante, al respecto, ver la forma en que Freud habla de lo que, para él, es el imperativo categórico en varios pasajes de “El yo y el ello” (1923); por ejemplo dice: “Así como el niño estaba compelido a obedecer a sus progenitores, de la misma manera el yo se somete al **imperativo categórico** de su superyo” (Freud, 1923, 49)

Ya no hablamos aquí de libre elección, sino de sometimiento. Porque cuanto más se está sujeto al universal de la ley, más se accede a una satisfacción pulsional, a un goce vinculado a ese objeto voz que retorna bajo la forma de mandato u obligación. El sujeto ya no aparece aquí como agente de su elección, sino como efecto de ella, en el sentido de que, inconscientemente, ha elegido evitar el riesgo, la apuesta que significa poner en juego su deseo sin garantía previa. Esta elección lo determina como alguien que ha elegido no elegir.

Como dice Colette Soler en su libro “Finales de análisis” (1988): “... es un sujeto que no ha elegido. Es un sujeto determinado por una elección, determinado por la elección de su no elección” (Soler 1988, 117)

En definitiva, podemos decir ahora que el imperativo categórico, la correcta elección moral en Kant, aparece en Freud como el sometimiento a un mandato superyoico que, a partir de la satisfacción pulsional que se obtiene de él, sirve al neurótico para no tener que elegir o, mejor dicho, para elegir no elegir; esto es, para no tener que poner en juego su deseo.

LA ELECCIÓN SIN GARANTÍA

Como dijimos, para Kant todo acto solo tiene un valor moral si va en contra de las inclinaciones, esto es, si prescinde de toda referencia al mundo de los objetos; lo importante es que esté basado en “...hacer el bien, no por inclinación, sino por deber”. (Kant 1785, 68) “Así hay que entender, sin duda alguna, los pasajes de la escritura en donde se ordena que amemos al prójimo, incluso al enemigo. En efecto, el amor como inclinación no puede ser mandado, pero hacer el bien por deber, aun cuando ninguna inclinación empuje a ello y hasta se oponga una aversión natural e invencible, es amor práctico y no patológico, amor que tiene su asiento en la voluntad y no en una tendencia de la sensación.” (Kant 1785, 69)

Al igual que Freud, Kant sabe que el mundo de las pasiones, del instinto natural del hombre (pulsión en Freud) es el más apropiado para alcanzar la satisfacción en forma directa. Ambos autores coinciden en que es necesaria una renuncia a esta satisfacción. Pero, las coincidencias terminan aquí. Porque, mientras Kant cree en un pleno triunfo de la razón sobre las pasiones; para Freud “...las pasiones que vienen de lo pulsional son más fuertes que unos intereses racionales”. (Freud 1930, 109) Por esto es que, en “El malestar en la cultura” (1930) Freud nos habla de la existencia de vínculos amorosos de meta inhibida. Tales vínculos evidencian que no hay un triunfo completo sobre la pulsión, ya que ésta subsiste como reprimida esperando la oportunidad de alcanzar la satisfacción, aunque ya no en forma directa sino como satisfacción sustitutiva. El amor de meta inhibida (el amor fraternal, los sentimientos de cariño, de ternura, etc.), es el producto de la desviación del verdadero fin de la pulsión que es el fin sexual. Es un amor que va en contra de la naturaleza humana originaria (el fin sexual) pero que, a su vez, proviene de ella. Para Freud, los sentimientos tiernos no son originarios del hombre, su verdadero origen está en la sexualidad reprimida.

El amor al prójimo, incluso al enemigo es, quizás, el máximo exponente de inhibición del fin sexual ya que, como dice Freud, nada contraría más a la naturaleza humana que este precepto. El religioso, por ejemplo, ha renunciado por completo al amor sexual, a sus inclinaciones más naturales, para consagrarse de lleno a este amor universal dirigido a todos los hombres por igual y, ya no a un objeto singular. De esta manera, quienes eligen el camino religioso no dependen del mundo de los objetos, están protegidos de las contingencias a las que se exponen quienes aman a alguien con locura y pasión. Porque cuando se elige un objeto de amor siempre es posible obtener una cuota de padecimiento frente a, por ejemplo, una infidelidad o un amor no correspondido.

“El estado que de esta manera [el religioso] crea -el de un sentir tierno, parejo, imperturbable- ya no presenta mucha semejanza externa con la vida amorosa genital, variable y tormentosa, de la

que deriva.” (Freud, 1930, 99)

Desde el punto de vista kantiano, quienes respetan a rajatabla los preceptos “Ama a tu prójimo como a ti mismo” y “Debes amar a tus enemigos”, han realizado una correcta elección moral. Podemos decir que han renunciado al mundo de los “objetos patológicos” para consagrarse a estos ideales universales. Es esta, entonces, una elección por el universal. Optando por el amor a la humanidad no han elegido ningún objeto en especial.

Elegir por el universal, entonces, es no elegir en términos objetivos. Al respecto, son muy elocuentes los “dos reparos principales” que pone Freud a esta elección por el amor dirigido, no a un objeto, sino a la humanidad en general:

“No queremos dejar de consignar nuestros dos reparos principales. Nos parece que un amor que no **elige** pierde una parte de su propio valor, pues comete una injusticia con el objeto. Y además: no todos los seres humanos son merecedores de amor.” (Freud, 1930, 100)

Deducimos, que para Freud el amor es elección de objeto. Es, por lo tanto, el máximo exponente de la elección sin garantía. Porque elección implica castración; y castración implica que no existe “el objeto”, el complemento ideal. Sin embargo, existe el amor, esa rara disposición del hombre de exponerse al engaño, la infidelidad, la pérdida, del objeto escogido como sustituto de aquel que no existe.

A diferencia de la elección moral que es una elección por el universal, la elección de objeto freudiana propone la puesta en juego del deseo. Propone, en concordancia con lo expuesto en este trabajo, la elección de elegir aún sabiendo que no existen garantías.

NOTAS

[1] Estos resultados se enmarcan en el Proyecto P039 de la programación 2008-2010 de UBACyT, “Momentos electivos de la cura psicoanalítica”, director Gabriel Lombardi.

[2] Ejemplo de Kant extraído de su libro Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime (1764). [El ejemplo ha sido adaptado a los fines del presente trabajo].

BIBLIOGRAFÍA

FREUD, S. (1923) “El yo y el ello”. En Obras completas, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1996, XIX, 13-59.

FREUD, S. (1924) “El problema económico del masoquismo”. En Obras completas, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1996, XIX, 165-176.

FREUD, S. (1930) “El malestar en la cultura”. En Obras completas, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1996, XXI, 65-140.

KANT, I. (1764) Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime. Buenos Aires, Ediciones Libertador, 2004.

KANT, I. (1785) Los fundamentos de la metafísica de las costumbres. Buenos Aires, Ediciones Libertador, 2004.

KAROTHY, R. (2005) Una sola gota de semen..., El sexo y el crimen según Sade, Buenos Aires, Lazos, 2005.

KIERKEGAARD, S. (1844) El concepto de la angustia. Buenos Aires, Espasa - Calpe, 1946.

LACAN, J. (1959-60) El Seminario, Libro 7, “La ética del psicoanálisis”, Buenos Aires, Paidós, 1992.

PUJO, M. (2006) “Ni Kant ni Sade, un esfuerzo más”. En Psicoanálisis y el hospital. 2006, nº 29, 21-29.

SAFRANSKI, R. (1997) El mal o el drama de la libertad. Barcelona, TusQuets editores, 2002.

SOLER, C. (1988) Finales de análisis. Buenos Aires, Manantial, 1993.